

Armando Romero. *Gente de pluma.*

Madrid, Editorial Orígenes, 1989.

James J. Alstrum
Universidad Estatal de Illinois

Aparte de su poesía y colección de cuentos, *Gente de pluma* constituye el tercer libro de crítica o historia literaria que Romero ha publicado durante la década de los años ochenta. A diferencia de sus dos publicaciones anteriores (*Las palabras están en situación*, Bogotá, Pro-cultura, 1985 y *El nadaísmo colombiano o la búsqueda de una vanguardia perdida*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1988, en esta colección de ensayos el autor se aleja más de la historia literaria de su nación para entrar de lleno en un marco más universal e hispanoamericano. Aunque a primera vista parece incurrir en el defecto común de muchos libros de este tipo en donde falta un enfoque o una temática central, aquí sucede todo lo contrario. Casi todos los ensayos concuerdan con la noción expuesta en el ensayo introductorio de que la lectura crítica y la escritura se complementan y conforman una visión doble. En parte, tal perspectiva doble se genera del diálogo interno dentro de una persona igual que Romero que es a la vez escritor/lector y viceversa. Así en el ensayo preliminar se lee también que "esa visión del doble... es punto de partida y encuentro en nuestra literatura"; (14) puesto que es producto del mestizaje cultural del indígena, el africano y el europeo. En su ensayo introductorio llamado "La visión del doble como introducción", Romero logra englobar magistralmente casi todos los ensayos del libro.

Además del ensayo introductorio, *Gente de pluma* consta de un total de trece ensayos que incluyen en orden cronológico: "Silva, post-prandial y barroco", "Vicente Huidobro o las leyes del naufragio", "Borges y *La Rosa profunda*", "Aurelio Arturo: una voz manchada del paisaje", "La poesía colombiana y la búsqueda de un español otro", "El Nadaísmo colombiano o la respuesta violenta a la violencia", "Hacia una lectura de *Barroco* de Severo Sarduy", "El otro doble", "Yo el Supremo Escritor de la República", "*Aura*, o las puertas", "Guillermo Cabrera Infante en el hotel de las palabras", y "Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Fernando Botero: tres personas distintas, un objetivo verdadero".

El ensayo acerca de Silva resalta la vigencia actual del poeta colombiano en su única novela en la cual se destacan los aspectos cinematográficos del texto cuyas capas componen un montaje que logra exhibir aquella cualidad barroca de "desplazarnos sin movernos" (14) mencionada en la introducción. El análisis de Romero es bastante acertado al demostrar que José Fernández, el protagonista y proyección autoconsciente de su creador, al llevar a cabo charlas de sobremesa más la lectura y escritura de un diario redactado con comentarios de autocritica, hace que Silva a su vez "se inventa a sí mismo" en la novela.

En los ensayos sobre los poetas, Huidobro y Borges, la visión doble reaparece en el caso del primero a consecuencia de una angustia intratextual y en el otro de una suerte de intertextualidad de "desacumulación" en contraste con poetas anteriores que jugaron con el simbolismo emblemático de la rosa. En sus últimos libros de poesía llamados *Ver y palpar* y *El ciudadano del olvido*, Huidobro, el gran teórico del creacionismo, luchaba con la palabra para que pudiera liberarse de preocupaciones esencialmente estéticas y tratar problemas presentes en la realidad circundante tanto como individuo que como ente colectivo. De una manera convincente, Romero demuestra que, sobre todo en el poema "Signo y sino" de su último libro, el poeta chileno procuraba convertir su palabra poética en expresión auténtica de calor y solidaridad humana sin que resultara desprovista de aquella búsqueda de originalidad absoluta que caracterizaba su obra poética anterior. En el ensayo dedicado a *La rosa profunda* de Borges, después de preguntarse por el sentido verdadero de la rosa, el crítico colombiano concluye que "es inaprensible porque está vivo, multiplica sus significados a la vez que los oscurece" (39). Romero subraya con tino el escepticismo esencial de Borges en comparación con Dante y Whitman ante el simbolismo de la rosa y la tendencia del argentino a emplear este emblema tradicional de toda la poesía para encontrar paradójico y platónicamente la presencia del ser en el "no-ser".

En su ensayo sobre el cubano Lezama Lima, Romero facilita mucho la aprehensión del concepto del barroco recurriendo al entrelazamiento de mitos, ritos y arquetipos procedentes del mundo babilónico "como puerta" de entrada a la escritura compleja y estética de Lezama. El ensayista colombiano analiza detalladamente y con lucidez los principales componentes del sistema barroco en Lezama incluyendo "la memoria barroca" (el intento perenne de alcanzar lo imposible), el empleo simultáneo de "la imaginación como memoria" (donde la metáfora de cacería se incorpora continuamente por la presencia de halcones y águilas), y por último, hay "el mito ritual" (en el cual el poeta-artesano juega con la palabra y por fin "todas las formas se unen para buscar la Forma" (51).

Aunque el ensayo que trata de la poesía del colombiano Aurelio Arturo (1906-1974) representa un acercamiento crítico bastante interesante y logrado en sí, no cabe bien dentro del esquema trazado por Romero en su introducción. No obstante, es muy probable que este ensayo pueda suscitar la acogida crítica internacional que tanto merece la poesía de su compatriota, ya consagrado dentro de Colombia, pero lamentablemente desconocida en gran parte por el resto del mundo hispano. En contraste con el ensayo sobre Aurelio Arturo, los dos siguientes también dedicados a temas colombianos, corresponden, sin la menor duda, al enfoque central de todo el libro de Romero. En "La poesía colombiana o la búsqueda de un español otro", se destaca el gran historiador de las letras colombianas que ha sido Romero en sus libros anteriores sobre el grupo de la revista *Mito* y el Nadaísmo. Romero presenta datos y argumentos muy convincentes para validar su tesis de que a lo largo de la historia de la literatura colombiana una élite de la clase alta ha logrado imponer su ideología conservadora disfrazada como una retórica poética oficial basada en nociones de pureza semántica y morfosintáctica para frenar la disidencia popular y, al mismo tiempo, la creatividad literaria. Sin lugar a dudas, comenzando con Silva, los únicos poetas y escritores colombianos que han recibido renombre crítico y popular fuera del país han sido aquellos que han escrito un lenguaje contraccorriente opuesto a la camisa de fuerza retórica impuesta por los gramáticos/políticos de la oligarquía. Teniendo en cuenta semejante contexto histórico-cultural, se puede apreciar mejor la tardía rebelión vanguardista de los nadaístas explicada en el ensayo siguiente. Aunque "El Nadaísmo colombiano o la respuesta violenta a la violencia" aparece también como subcapítulo de su libro anterior, está bien colocado aquí porque ejemplifica con pormenores todo lo expuesto en el ensayo que lo antecede.

El ensayo dedicado a Sarduy y su concepto del barroco debería haberse puesto más lógicamente junto al estudio sobre Lezama Lima porque los dos teóricos cubanos están de acuerdo en considerar que el texto es un cuerpo. Sin embargo, Romero explica con nitidez que Sarduy ha aportado una actualización del concepto del barroco al demostrar paralelismos entre las

teorías modernas acerca del origen del cosmos ya que las trayectorias de los cuerpos celestiales y la figura retórica predominante en el barroco son elípticas.

Entre todos los ensayos del libro, los más destacados son los tres siguientes porque ilustran muy bien la idea de la visión doble en el fondo de la escritura de autores como Cortázar, Roa Bastos y Fuentes. Al mismo tiempo, cada ensayo en sí es fascinante, bien escrito y organizado con un punto de partida muy estimulante. Por ejemplo, en el ensayo titulado "El otro doble" en que Romero analiza el cuento de Cortázar "Axolotl", una anécdota personal sobre unos corredores subterráneos y oscuros que se dividen dentro una pirámide tolteca, nos lleva a una discusión del proceso narrativo de desdoblamiento y confusión de identidades entre el lector/escritor que es el personaje central del cuento. También, Romero intercala oportunamente una explicación mítica del dios Nahuatl, Xolotl-el doble o gemelo de Quetzalcóatl, para facilitar el entendimiento del desplazamiento de planos narrativos por el cual el personaje humano ante el espejo se convierte gradualmente en axolotl a la vez que sucede el proceso inverso con el animal. La lectura dada por Romero de la novela del paraguayo Roa Bastos, *Yo el Supremo*, surge "de la visión del escritor que hay en mí sobre el escritor que está allí, aquí" (107). Así, hay una verdadera lectura doble del lector que se ve reflejado en su papel de escritor en la escritura de otros que incluyen la temible voz narrativa del dictador Tomás Rodríguez Francia, quien lucha a su vez y en balde para el control de las palabras y la memoria de otros hombres incluyendo su amanuense Policarpo Patiño y las voces anónimas de sus víctimas y el pueblo. La discusión del simbolismo de las puertas aunada al manejo de la narración en segunda persona dentro de la novela *Aura* escrita por Fuentes es simplemente genial. Romero enseña que la multiplicidad de puertas y su plurivalencia abarca el juego de los espejos y el

verdor de los ojos de la protagonista doble (Consuelo/Aura) a la vez que Felipe Montero encuentra sin querer su propia identidad y gemelo en las memorias del marido de Consuelo, el general Llorente.

Me parece, sin embargo, que el breve ensayo llamado "Guillermo Cabrera Infante en el hotel de las palabras", aunque bastante divertido no es completamente satisfactorio porque al intentar analizar ese carnaval sexual que representa la novela *La Habana para un infante difunto*, Romero podría haber explicado en mayor detalle tanto los aspectos alegóricos como los paródicos. Sin embargo, su conclusión sí da en el blanco cuando se refiere a "La Ciudad, La Habana, esa otra mujer perdida a la que hacerle el amor fue el supremo acto de iniciación" y luego agrega que "el artista ya no adolescente (adolescente) se acuesta con la ciudad ahora en ese hotel de las palabras que es la novela" (127).

El mejor ensayo acerca de la literatura colombiana es el que se intitula "Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Fernando Botero: tres personas distintas, un objetivo verdadero". A pesar del título que parece remedar la doctrina cristiana de la Santa Trinidad, Romero demuestra hábilmente las afinidades y divergencias entre los tres dioses actuales de la narrativa, la poesía, y la pintura en la Colombia de hoy en día. Los tres comparten una visión hiperbólica de la maravillosa realidad colombiana a la vez que se desdobl原因 autobiográficamente, cada uno a su manera, dentro de sus respectivas artes.

En fin, hay mucho más que podemos alabar más que criticar en *Gente de pluma*. Las críticas más severas se deben dirigir a los editores que han pasado por alto unas pocas erratas de imprenta (por ejemplo, "sierven" en la p. 45 y fechas vitales incorrectas para Aurelio Arturo) y, lo que es mucho más grave, la falta de un ordenamiento más lógico de los ensayos para que el enfoque central de todo el libro resalte aún más.